

Walden Bello
Food Wars
Crisis alimentaria y políticas de ajuste estructural

Epílogo de Tom Kucharz

Índice

Walden Bello

The Food Wars

© 2009 Walden Bello

© 2012 de la presente edición, Virus editorial

Maquetación: Virus editorial

Cubierta: Seisdedos García y Silvio García-Aguirre López-Gay

Traducción del inglés: Ambar Sewell

Primera edición en castellano: abril de 2012

Lallevir SL / VIRUS editorial

C/ Aurora, 23 baixos, 08001 Barcelona

T. / Fax: 93 441 38 14

C/e.: virus@pangea.org

www.viruseditorial.net

Impreso en:

Imprenta LUNA

Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.

48003 Bilbao

Tel.: 94 416 75 18

Fax.: 94 415 32 98

C/e.: luna@imprentaluna.es

ISBN-13: 978-84-92559-36-7

Depósito legal: B-9497-2012

Nota editorial	6
Una breve biografía	8
Food Wars	11
Agradecimientos	13
Introducción	15
Crisis global, protestas globales	16
Una tormenta perfecta	18
La perspectiva ortodoxa: una crítica	23
La muerte del campesinado	29
Paradigmas productivos en conflicto	32
Sobre la estructura de este libro	35
1. El capitalismo frente al campesinado	39
La aniquilación del campesinado y la resistencia de Europa	40
La agricultura colonial, la colonización y el primer régimen agroalimentario	42
El régimen agroalimentario de Bretton Woods	45
La resistencia de las explotaciones agrarias familiares	47
Desarrollismo y contrainsurgencia	49
La utopía neoliberal y el campo	53
Gobernanza global para el orden agroalimentario neoliberal	55
La agricultura industrial capitalista: ¿triumfo o crisis?	58
Conclusión	63
2. La erosión de la agricultura mexicana	67
El ajuste estructural: el contexto general	68
La generación de un torbellino financiero	71

La erosión del campo	73		
Marcha atrás a la reforma agraria	76		
La «purga» demográfica	80		
Conclusión	85		
3. La crisis provocada del arroz en Filipinas	87		
La contención en el campo	88		
La amortización de la deuda y el ajuste estructural	90		
La agricultura bajo el ajuste	94		
El asalto del libre comercio a la agricultura	95		
La reforma agraria y la contrarreforma	99		
Conclusión	104		
4. La destrucción de la agricultura africana	107		
Antes del ajuste estructural	108		
El informe Berg	110		
¿Por qué fracasó el ajuste?	112		
El ajuste de la agricultura	115		
Comercio global y ruina local	118		
Malawi: del conformismo al desafío	120		
Huir del fracaso	122		
Admitir el fracaso	124		
¿Otra gran estrategia para África?	127		
Conclusión	129		
5. Los campesinos, el partido y la crisis agraria en China	131		
¿Quién alimentará a China? Mitos y realidades	131		
Una relación difícil	138		
Una visión reaccionaria	138		
Los campesinos y la Gran Revolución Cultural Proletaria	139		
La «época dorada»	141		
El gran cambio de rumbo	143		
La amenaza de la liberación del comercio	146		
¿Los nuevos señores feudales?	147		
¿Puede el PCCh recuperar la confianza de los campesinos?	149		
¿Reforma agraria o transformación capitalista?	151		
Conclusión	155		
		6. Los agrocombustibles y la inseguridad alimentaria	157
		Los beneficiarios de la crisis: los agrocombustibles en Estados Unidos	159
		La incursión de la UE en los agrocombustibles	165
		Brasil: la superpotencia de los agrocombustibles	168
		Las características del régimen global de agrocombustibles	171
		La solución tecnológica final	175
		El futuro de los agrocombustibles	177
		Conclusión	181
		7. La resistencia y el camino hacia el futuro	185
		Perfil I del movimiento: Lee Kyung Hae	186
		Perfil II del movimiento: José Bové	187
		Perfil III del movimiento: João Pedro Stédile y el MST	189
		Vía Campesina y la vía campesina	193
		La soberanía alimentaria	198
		Valorizar la sabiduría campesina	201
		La cuestión de la tecnología	202
		La articulación de la soberanía alimentaria con otros paradigmas alternativos	210
		Conclusión	214
		Epílogo, por Tom Kucharz	217

Nota editorial

Son pocos los libros que iluminan con tanta claridad la devastadora situación a la que nos está conduciendo la codicia económica del capitalismo global, y pocas las personas capaz de expresarlo de una manera tan entendedora como Walden Bello.

La edición en castellano de *Food Wars* llega justo en un momento de grave crisis económica, que no es una crisis de falta de recursos, sino un asalto generalizado a la riqueza común por parte de unos sectores financieros que actúan ya a cara descubierta y que no tienen ningún reparo en mostrar su auténtico objetivo: lo quieren todo y lo quieren ya.

Son las mismas lógicas las que rigen las políticas de ajuste estructural a las que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional someten a los Estados del Sur, con la excusa del pago de la deuda externa, que las que ahora se nos aplican a nosotros, aunque aparentemente los actores sean otros. Tanto estas instancias políticas como todo el sistema financiero que ahora nos atenaza directamente forman parte de un mismo conglomerado de intereses que pretenden reducir a cenizas los derechos sociales o laborales, eliminar completamente el espacio público y dejar el mercado como único regulador de nuestras vidas.

Las devastadoras consecuencias que sobre los países del Sur han tenido estas políticas quedan suficientemente ex-

puestas en este libro: países antaño exportadores de alimentos, convertidos ahora en importadores de alimentos o dependientes de la ayuda exterior para alimentar a sus poblaciones. Estos países se encuentran especialmente debilitados para hacer frente a la nueva ofensiva del capitalismo financiero, el mismo capitalismo que en el Norte juega al aumento de la prima de riesgo para doblegar voluntades, en el Sur juega en el mercado de futuros con las cosechas de cereales o arroz, provocando aumentos artificiales de los precios; o juega a invertir en el acaparamiento de tierras fértiles para agrocombustibles o para enriquecerse con la escasez futura de alimentos, dejando sin tierras de cultivo a pueblos enteros.

La voracidad del sistema que sufrimos no tiene límites, o desde luego no los va encontrar por sí mismo, sino somos nosotros los que se los ponemos.

En su texto Walden Bello nos explica de manera detallada los orígenes de la llamada «crisis alimentaria» y los mecanismos que han contribuido y contribuyen a profundizarla. Gracias a la completa aportación de Tom Kucharz en forma de epílogo, podemos dar a conocer las continuidades y las novedades que se han producido a este respecto desde su edición en inglés en el año 2009.

Esperamos que el presente texto os ayude a pensar y os anime a actuar.

el colectivo vírico

Una breve biografía

Actualmente Walden Bello es representante del partido de izquierdas Akbayan (Partido de Acción Ciudadana) en el Congreso de Filipinas. Combina su labor de profesor (State University de Nueva York, Binghamton; St. Mary's University, Halifax, Canadá), investigador y escritor con su activismo antiglobalización y en defensa de los derechos humanos. Fundó en 1995 el centro de estudios Focus on the Global South (con sede en Bangkok, del cual fue director y con el que sigue colaborando como analista), y ha dado clases de sociología en diferentes universidades (EE.UU., Bangkok, Filipinas, Austria y Canadá). Es investigador asociado del Transnational Institute y miembro del Forum on Globalization. Autor de numerosos libros sobre crisis económica y financiera (predijo la crisis financiera muchos años antes del derrumbe de Lehman Brothers; véase por ejemplo su libro *Global Finance: Thinking on regulating speculative capital markets*, 2000), alternativas a la globalización (popularizó el término «desglobalización» y defiende «nuevos regionalismos»), instituciones financieras internacionales y comercio mundial (*The Future in the Balance: Essays on Globalisation and Resistance*, 2001), políticas de seguridad, alimentación y agricultura, Bello fue galardonado en 2001 con el premio *Suh Sang Don*, concedido por las ONG asiáticas, y en 2003 con el *Right Livelihood Award* (también conocido como premio Nobel alternativo) por «sus

destacados esfuerzos para formar a la sociedad civil sobre las repercusiones de la globalización y sobre cómo poner en práctica alternativas». Entre sus últimos libros destacan: *The Food Wars* (Londres, Verso, 2009), *Dilemmas of Domination: the Unmaking of the American Empire* (Nueva York, Henry Holt and Co., 2005) y *Deglobalization: Ideas for a New World Economy* (Londres, Zed Books, 2002)

Bello nació en Manila (Filipinas) en 1945 y estudiaba sociología en la Universidad de Princeton (EE.UU.) a comienzos de los años setenta, cuando comenzó su activismo político convirtiéndose en una de las figuras destacadas del movimiento internacional para restaurar la democracia en Filipinas y de la Coalición contra la Ley Marcial. Walden Bello ayudó a constituir en Washington diferentes organizaciones por la defensa de los derechos humanos en Filipinas. Fue arrestado en varias ocasiones, y en 1978 fue encarcelado por las autoridades estadounidenses por participar en la ocupación pacífica del consulado filipino en San Francisco; fue encarcelado tras una huelga de hambre con la que denunció las violaciones de los derechos humanos en su país natal. A fin de reunir pruebas de cómo los créditos del Banco Mundial (BM) y del Fondo Monetario Internacional (FMI) servían de sustento al régimen de Marcos, se introdujo en la sede del BM para hacerse con más de 3.000 páginas de documentos confidenciales que le sirvieron para escribir el libro *La debacle del desarrollo: el Banco Mundial y las Filipinas (Development Debacle: The World Bank and the Philippines)*, 1982), junto con David Kinley y Elaine Elinson, que contribuyó a expandir el movimiento ciudadano que derrocó a Marcos en 1986.

Después de la caída de Marcos, entre 1987 y 1994, Bello trabajó en el Institute for Food and Development Policy (Food First) y estuvo dando clases en la Universidad de California, en Berkeley. Profundizó su análisis sobre las instituciones de Bretton Woods, lo que le llevó más adelante a participar en la lucha internacional contra la deuda externa (en Filipinas fue presidente de la coalición Freedom from Debt Coalition). Se

centró en el estudio del «milagro económico» de los «nuevos países industrializados» de Asia, advirtiendo en su libro *Dragons in Distress (Dragones en peligro, 1990*, junto con Stephanie Rosenfeld) de la crisis financiera que afectó a la región años más tarde en 1997. A partir de 1995, su vida transcurrió entre Tailandia y Filipinas (donde daba clases de sociología en la Universidad de Manila), y entre el activismo político, la cátedra y la investigación. Participó en varias movilizaciones contra la OMC (tales como Seattle, 1999; Cancún, 2003; Hong Kong, 2005, etc.), en 2001 contra la cumbre del G8 en Génova (Italia) y muchos otros eventos antiglobalización, como los foros sociales y cumbres alternativos. En 2006, le fue denegada la entrada a Singapur para impedir su participación en la protesta contra la reunión anual del BM-FMI.

Su faceta ecologista es menos conocida. En 1984 escribió el libro *American Lake: The nuclear peril in the Pacific*, junto con Peter Hayes y Lyuba Zarsky. Fue miembro de la junta de Greenpeace Internacional (1994-97) y de la región Sudeste Asiático (2001-4), y su libro sobre la destrucción ambiental en Tailandia *A Siamese Tragedy: Development and Disintegration in Modern Thailand* (1998, junto con Shea Cunningham y Li Kheng Poh) fue ampliamente divulgado y premiado.

Bello ha luchado desde hace años contra las bases militares del Ejército de EE.UU., y en concreto contra las bases en Filipinas, Okinawa y Corea del Sur, y ayudó a articular coaliciones regionales en Asia por la desnuclearización y desmilitarización. Especialmente después del 11-S, participó en acciones para intentar parar las agresiones militares de EE.UU. Así, en 2003 visitó Bagdad en una delegación por la paz de parlamentarios y activistas asiáticos, y en 2006 se manifestó en el Líbano contra la invasión y el bombardeo israelí.

Colabora también como columnista en diversas revistas, como *Philippine Daily Inquirer*, *Review of International Political Economy* y *Foreign Policy in Focus*.

Food Wars



Agradecimientos

A Scarlett
Venustas vestra vincit omnia

Este libro ha sido posible gracias a la ayuda, inspiración, ideas y afecto de gran número de colegas y amigos.

En primer lugar, estoy en deuda con Mara Baviera, mi colaboradora en la investigación y en gran medida responsable del capítulo seis, titulado «Los agrocombustibles y la inseguridad alimentaria».

Este libro jamás hubiera visto la luz sin la ayuda de Nicole Curato, que asumió mis tareas docentes en la Universidad de Filipinas, y de Sabrina Gacad, que hizo otro tanto en lo relativo a mis responsabilidades organizativas en la Coalición por la Condonación de la Deuda (Freedom from Debt Coalition, FDC).

Joy Chavez-Malaluan, coordinador del programa filipino Focus on the Global South, me ayudó mucho durante sus diferentes fases, tanto en la concepción como en la escritura del libro. También quiero dar las gracias al resto de compañeros de Focus y de la Coalición por la Condonación de la Deuda por su camaradería, comprensión y ayuda respecto a todas las peticiones que les he hecho en el curso de la elaboración del mismo.

Este libro es un modo de dar las gracias a todos los que me ayudaron a lo largo de tres décadas en el análisis de las cuestiones relativas a la alimentación y la agricultura. Entre

ellos debo mencionar a Frances Moore Lappé, Meter Rosset, Eric Holtz-Gimenez, Anuradha Mittal, Ric Reyes, Jun Borrás, Jenny Franco, Mary Ann Manahan, Marissa de Guzman, Kanjapat Korsieporn, Ging Gutierrez, Joe Collins, Marilyn Borchardt, Mary Beth Brangan, Philip McMichael, Harriet Friedmann, Raj Patel, Joel Rocamora, David O'Connor, Aileen Kwa, Marco Garrido, Annette Desmarais, Nettie Wiebe, Henry Saragih, Rafael Alegria, Isabelle Delforge, Robin Broad, Chanida Bamford, Shalmali Guttal, David Kingley, Indra Lubis, John Cavanagh, Vandana Shiva, Laura Carlsen y Teddy Goldsmith.

Roane Carey fue, de forma inconsciente, el responsable de que iniciara este proyecto al encargarme un artículo sobre la crisis alimentaria global para *Nation*. Sebastian Budgen me presentó a los responsables de Verso. Tariq Ali me incitó a escribir este libro. Y Jake Stevens y Mark Martin me ayudaron a terminar el proyecto.

Ed Rodríguez y Dick Ng siempre estuvieron a mi lado, dándome buenos consejos, ofreciéndome su agradable compañía y su excelente vino siempre que me encontré ante un bloqueo intelectual, que no fue en pocas ocasiones.

Por último, junto con mi agradecimiento a todos estos magníficos colegas y amigos, quiero dejar claro que ninguno de ellos es responsable de los errores que este libro pueda contener.

Walden Bello

Quezon City, febrero de 2009

Introducción

Entre 2006 y 2008 los precios de las materias primas se dispararon y en consecuencia los productos alimentarios básicos se volvieron inaccesibles para un gran número de personas. Este aumento cogió por sorpresa a las agencias internacionales, y el Programa Mundial de Alimentos advirtió de su incapacidad para dar respuesta a esta emergencia debido a la rápida disminución de sus reservas.

En 2008, el incremento del precio del arroz, el trigo y los aceites vegetales hizo aumentar un 37% los costes de la importación de alimentos en los países menos adelantados (PMA): de 17,9 millones de dólares en 2007 a 24,6 millones. Hacia finales de 2008 las Naciones Unidas reconocieron que «la cesta anual de alimentos de importación en los PMA se ha triplicado respecto al año 2000, no debido al incremento de las importaciones sino como resultado del aumento de los precios de los alimentos».¹ Estos acontecimientos sumaron 75 millones de personas a las cifras de hambrientos y condenaron a aproximadamente 125 millones de personas a la pobreza extrema.²

Alarmados por una demanda global masiva, países como China y Argentina recurrieron a impuestos y cuotas sobre

¹ Naciones Unidas, *World Economic Situation and Prospects 2009* (Nueva York, Naciones Unidas, 2009), pp. 7-8.

² Organización para la Agricultura y la Alimentación (FAO), «Briefing Paper: Hunger on the Rise» (17 de septiembre de 2008), (Nueva York: Naciones Unidas, 2009), p. ix.

sus exportaciones de arroz y trigo para prevenir su escasez a nivel local. En otros países como Camboya, Egipto, India, Indonesia y Vietnam, las exportaciones de arroz fueron sencillamente prohibidas. La solidaridad entre los países del Sur se derrumbó durante la crisis, víctima de los daños colaterales.

La escasez de alimentos se había convertido en una realidad global.

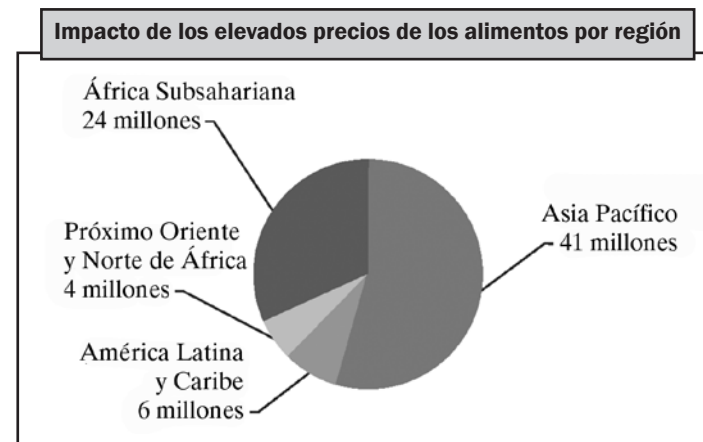
Crisis global, protestas globales

En aquellos lugares donde la sociedad civil era frágil, la crisis alimentaria tuvo un efecto incendiario. Cerca de treinta países vivieron movilizaciones populares violentas en 2007 y 2008, entre ellos Bangladesh, Burkina Faso, Camerún, Costa de Marfil, Egipto, Guinea, India, Indonesia, Mauritania, México, Marruecos, Mozambique, Senegal, Somalia, Uzbekistán y Yemen. En todos los continentes miles de personas salieron a la calle para protestar por la subida incontrolada de los precios de los productos de primera necesidad importados. Decenas de personas murieron en estas manifestaciones del descontento popular.

Los acontecimientos que se produjeron en Senegal son una muestra típica de la dinámica de estas acciones populares. El Estado importaba un 80% del arroz, lo que lo hacía particularmente vulnerable a la inestabilidad global de los precios. En abril de 2008, como respuesta a las críticas internas, el presidente Abdoulaye Wade anunció un plan para quintuplicar la producción de arroz. Pero con ello no logró calmar los ánimos de la población. Una semana más tarde miles de senegaleses tomaron las calles.³ El destino del gobierno dependía de la disponibilidad de arroz, un producto que, en el pasado,

³ «Food costs spark protest in Senegal», 27 de abril de 2008. <http://english.aljazeera.net/news/africa/2008/04/2008614233848478410.html>.

Cuadro 1



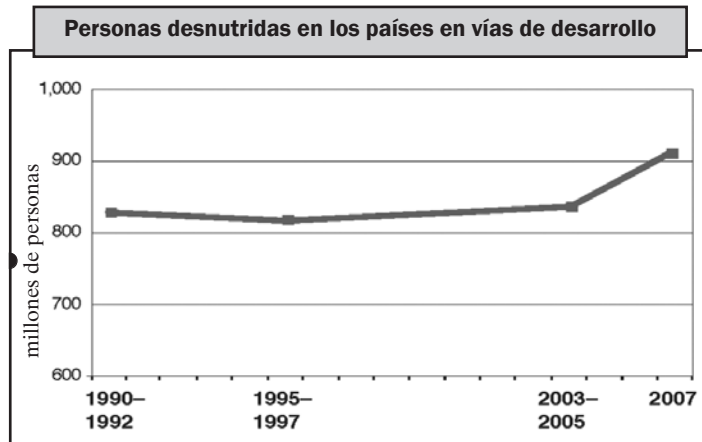
□ Fuente: FAO, «Briefing Paper: Hunger on the Rise» (2009)

Senegal había sido capaz de producir en suficiente cantidad como para cubrir sus necesidades nacionales.

Sin embargo, los acontecimientos más dramáticos se producen en Haití, donde un 80% de la población vivía con menos de dos dólares al día. En los primeros cuatro meses de 2008 el precio del arroz se dobló. Los efectos físicos de la escasez resultante fueron tan extensos e intensos que, según un informe, los haitianos acuñaron la frase «el hambre del Clorox» para describir un dolor «tan terrible que la gente sentía como si la lejía o un ácido muy potente estuviera corroyendo sus estómagos».⁴ Las revueltas se extendieron por todo el país y no cesaron hasta que el Senado echó al primer ministro. Las revueltas de Haití recordaban por su virulencia, según los observadores, a aquellas que se habían producido dos décadas antes en Venezuela contra el Fondo Monetario Internacional (FMI) —el llamado *Caracazo*— y que condujeron a una transformación de la política del país.

⁴ Reed Lindsay, «Inside Haiti's Food Riots», *Al Jazeera*, 16 de abril de 2008: <http://english.aljazeera.net/news/americas/2008/04/20086151705-3857583.html>.

Cuadro 2



Fuente: FAO, «Briefing Paper: Hunger on the Rise» (2009)

Una tormenta perfecta

La prensa internacional y un gran número de expertos han proclamado el fin de la era de los alimentos baratos y han determinado que la crisis se debe a diversas causas: el fracaso de los países más pobres en el desarrollo de sus sectores agrarios; las presiones ejercidas en el mercado internacional alimentario por los cambios en el régimen alimenticio de las clases medias en expansión en China e India; la especulación en los mercados de futuros de las materias primas; la conversión de las tierras agrícolas en terrenos urbanizables; el cambio climático; y el desvío de la producción de maíz y de caña de azúcar destinada a la alimentación para la producción de agrocombustibles.

El informe de Naciones Unidas *World Economic Situation and Prospects* (Situación económica mundial y perspectivas) considera que la escasez de alimentos se debe a una «tormenta perfecta», es decir, a la confluencia explosiva de una serie de acontecimientos. Entre éstos, destacan los movimientos especulativos que condujeron a la crisis financiera mundial de

verano de 2007. Según Naciones Unidas, el impacto sobre los precios de los alimentos de la especulación de los inversores financieros en los mercados de materias primas y en los mercados de futuros de materias primas «ha sido considerable».

La especulación que se ha producido en el intercambio real, físico, de materias primas ha influido sin duda sobre los precios, en tanto que los especuladores compraban y almacenaban materias primas y apostaban por el aumento de su precio. Estas posiciones han reducido temporalmente las existencias de productos y, sin duda, han afectado de forma directa en los cambios de los precios. Sin embargo, el impacto de la especulación sobre los cambios de los precios en los mercados de futuros (es decir, ahí donde los especuladores no intercambian físicamente las materias primas) es más difícil de determinar. Los contratos de futuros son apuestas sobre la compra o venta de títulos de bienes expuestos a una continua refinanciación. Por ello no está claro cuál es su efecto sobre los precios de las materias primas, más allá de aumentar su volatilidad.

Sin embargo, se podría argumentar que

... el aumento de la liquidez mundial y de la innovación financiera también han conllevado una mayor especulación en los mercados de materias primas. Por el contrario, la crisis financiera ha contribuido a la caída de los precios de las materias primas desde mediados de 2008 en tanto que los inversores financieros se retiraron de los mercados de materias primas y, por otra parte, el dólar americano se revalorizó como parte del proceso de desapalancamiento de las instituciones financieras en las economías más importantes.⁵

⁵ Naciones Unidas, *World Economic Situation and Prospects 2009*, p. 46.

Otros, como Peter Wahl, miembro de la organización alemana WEED (World Economy, Ecology and Development), no dudaban en afirmar que, de hecho, la especulación en los mercados de futuros de productos agrarios básicos era el elemento clave del extraordinario incremento de los precios de los alimentos en 2007 y 2008. Estos analistas afirmaban que cuando estalló la burbuja inmobiliaria en 2007 y empezó a derrumbarse la compraventa de valores hipotecarios y otros derivados, los *hedge funds* (fondos de alto riesgo) y otros agentes especulativos se desplazaron hacia los mercados de materias primas, ocasionando un incremento brusco en los intercambios comerciales y en los contratos que se vio acompañado por un crecimiento muy pequeño o nulo en la producción de bienes agrícolas. Fue precisamente este desplazamiento hacia los mercados de futuros de materias primas en busca de beneficios rápidos, seguido de una retirada tras el estallido de la burbuja inmobiliaria, lo que desencadenó el incremento de un 71% en el índice de precios de los alimentos de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) en sólo quince meses, entre finales de 2006 y marzo de 2008, así como su descenso después de julio de 2008.⁶

La especulación, junto con el desvío de la producción agraria hacia la producción de agrocombustibles —proceso que se analiza en detalle en el capítulo 6—, es sin lugar a duda uno de los factores que crearon la «tormenta perfecta» de 2006 a 2008. Pero este tifón económico también fue el resultado de cambios a largo plazo. En los años anteriores a los bruscos incrementos de los precios de 2008, la demanda de cereales básicos —arroz, trigo, cebada, maíz y soja— superó la producción, con los almacenes de grano cayendo a un 40% de sus niveles de 1998-99, y alcanzando el stock disponible del total de cereales un mínimo histórico que se vio

acompañado de varios años de descenso consecutivo de las reservas de maíz y aceites vegetales.⁷ Las Naciones Unidas afirmaron que esta lamentable caída de las reservas se debía a una degradación de los sectores agrícolas de los países en vías de desarrollo a consecuencia del «debilitamiento de las inversiones y de las medidas de apoyo a la agricultura», teniendo como resultado una situación en la que «el crecimiento de la productividad en los principales cultivos de alimentos se ha estancado y no ha habido un aumento significativo en el uso de la tierra cultivada».⁸ Resultaba evidente que había otros factores en juego aparte de la especulación y la producción de agrocombustibles, que operaban a corto plazo. La FAO señalaba que «incluso con anterioridad al reciente incremento de los precios de los alimentos, ya se advertían tendencias a largo plazo hacia un aumento del hambre que resultaban inquietantes», con 848 millones de personas sufriendo hambre crónica en 2003-2005, lo que suponía un incremento de 6 millones de personas respecto a los datos de 1990-92, cercanos a los 842 millones.⁹

La política de reorientación agraria a gran escala conocida como «ajuste estructural» ha sido, sin duda, un factor vital, si no primordial, en la crisis de los precios de los alimentos entre 2006 y 2008. Este libro analizará detenidamente dicho programa, impuesto por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a más de noventa economías en fase de desarrollo y transición por un período de veinte años desde principios de los años ochenta.

Independientemente de cuál sea la combinación de factores, la disminución de los precios en la segunda mitad de 2008 no logró reparar el enorme daño causado. Según la FAO, en octubre de 2008 todavía había treinta y seis países en situación crítica

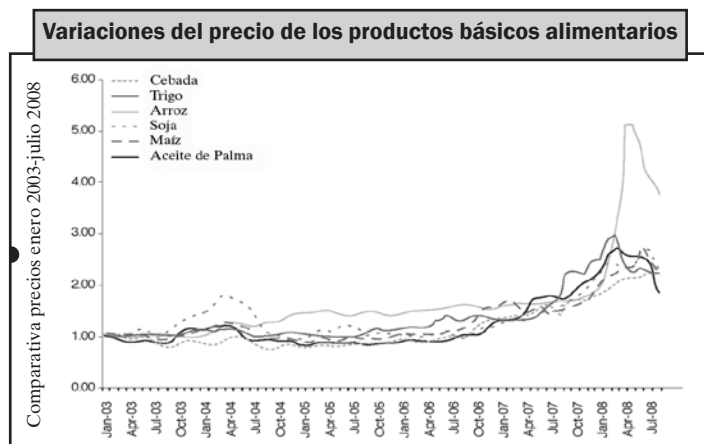
⁷ Naciones Unidas, *World Economic Situation and Prospects 2009*, p. 48.

⁸ *Ibid.*

⁹ FAO, «Briefing Paper: Hunger on the Rise».

⁶ Peter Wahl, «Food Speculation: The Main Factor of the Price Bubble in 2008» (Berlín: WEED, 2009).

Cuadro 3



□ Fuente: Naciones Unidas, *World Economic Situation and Prospects* (Nueva York: UN, 2009), p. 47.

... debido a la caída excepcional de las reservas, a la falta generalizada de acceso o a la grave inseguridad alimentaria localizada en poblaciones desplazadas que requieren de una asistencia alimentaria inmediata. La mayoría de estos países no han experimentado una mejora de su situación, y en algunos casos la situación ha empeorado debido a la persistencia de precios altos, puesto que los precios de los alimentos han ido a la baja, pero la subida del dólar ha compensado algunos de los efectos que sobre el precio ha tenido la caída de los precios de los productos básicos.¹⁰

Para los pobres del mundo, los elevados precios de los alimentos se han convertido en una realidad cotidiana.

¹⁰ *Ibid.*, p. 26.

La perspectiva ortodoxa: una crítica

Quizás una de las perspectivas ortodoxas más influyentes sobre las causas, dinámicas y solución a la crisis de los precios de los alimentos haya sido la ofrecida por el economista de la Universidad de Oxford, Paul Collier, en un artículo publicado en *Foreign Affairs* en noviembre de 2008. Collier, autor del controvertido *The Bottom Billion* (*El club de la miseria*), afirmaba que la prosperidad estaba en el origen de los problemas causados por una demanda cada vez mayor de alimentos en Asia. Argumentaba que la falta de existencias se debía a tres razones: al fracaso de los gobiernos en la promoción de una agricultura comercial, especialmente en África; a la prohibición por parte de la Unión Europea de los organismos genéticamente modificados (OMG); y al desvío en los Estados Unidos de un tercio de su grano de la producción de alimentos a la producción de etanol.

En los años ochenta y noventa existía un acuerdo general sobre la existencia en el mundo de suficiente comida como para alimentar a entre seis y siete mil millones de personas, y que el hambre y la desnutrición eran el producto de una renta desigual y de un acceso desigual a los alimentos. A finales del milenio, sin embargo, hubo un cambio en el discurso afirmándose que el problema se debía a las restricciones en la producción y en la oferta, pero no en el sentido descrito por Collier. Sin lugar a dudas, el desvío hacia la producción de cereales hacia la producción de agrocombustibles era una de sus causas, pero dos de los factores nuevos que él identificaba —la prohibición europea sobre los OMG y las restricciones respecto al crecimiento de una agricultura comercial— son discutibles.

La afirmación de Collier de que la prohibición europea sobre los OMG —ahora mucho más laxa, por cierto— era una restricción fundamental a la producción es falsa. De hecho, el principal problema de la producción agraria en Europa ha sido la sobreproducción y el *dumping* a raíz de las fuertes subvenciones al sector. Collier lamentaba, sin embargo, el

impacto de la prohibición sobre los agricultores africanos afirmando que ésta les desincentivaba a explotar la agricultura genéticamente modificada por miedo a que sus exportaciones fueran rechazadas en Europa. Collier proclamaba la necesidad de una «nueva Revolución Verde» basada en la ingeniería genética (IG) en África, donde la productividad sería baja debido a que el continente quedó al margen de la primera revolución verde en los años sesenta y setenta.

La atribución de Collier de los problemas agrarios de África, por encima de cualquier otra causa, a la ausencia de un milagro basado en la ingeniería genética es, cuanto menos, idiosincrásica, y su rechazo a tener en cuenta los problemas relacionados con la agricultura basada en los OMG, arrogante. Collier insinúa que la crítica de la nueva tecnología genética carece de base científica y se resiste a reconocer los impactos ecológicos y sociales negativos de la primera Revolución Verde, en la que se hizo un uso intensivo de productos químicos. Las sospechas relacionadas con la IG tienen una sólida base empírica y los defensores de los OMG no han sido capaces de alejar el temor a las reacciones inesperadas que los alimentos transgénicos puedan causar en los seres humanos. Estos nuevos alimentos no han sido ni seleccionados para el consumo humano tras miles de años de evolución, ni probados con la rigurosidad y la precaución exigida por unos principios universalmente reconocidos. Sus creadores no han sido capaces de demostrar que algunas poblaciones de insectos no puedan verse afectadas negativamente por una modificación genética cuyo objetivo son unas determinadas plagas, como es el caso del maíz BT, que fue genéticamente modificado introduciendo un gen de la bacteria del suelo *Bacillus thuringiensis* (BT), a fin de producir una proteína en el cereal que resulta tóxica para la mayor parte de las larvas y que, además, también mata a la larva de la mariposa monarca así como muchos otros organismos beneficiosos que no son su objetivo. Entre los peligros para el medio ambiente de los cereales BT se incluyen, en consecuencia, efectos indirectos negativos y a largo plazo so-

bre la biodiversidad, efectos sobre la salud del suelo, aumento de la resistencia de los insectos al BT (creando superparásitos), impactos sobre prácticas agrícolas sostenibles y la amenaza de los rasgos que adquiere su descendencia silvestre que le proporcionan una ventaja ecológica. Y, por otra parte, no han dado ni un solo paso para mitigar la amenaza real que para la biodiversidad representan los OMG:

Los efectos de los cultivos transgénicos sobre la biodiversidad se suman a la amenaza que suponía el monocultivo durante la Revolución Verde. La biodiversidad disminuye no sólo debido a la pérdida física de especies, sino también respecto a su aspecto «vital», [los cultivos transgénicos tienen] la capacidad de contaminar y, potencialmente, de dominar otras variedades de la misma especie. Aunque se trataría de un problema limitado en el caso de la contaminación de otro cultivo comercial, es significativamente mucho más preocupante si contaminase y erradicase generaciones enteras de las variedades diversas y ligeramente diferenciadas que han evolucionado a partir de un cultivo, como se ha descubierto recientemente en la contaminación transgénica de variedades locales de maíz en México.¹¹

De hecho, la defensa de la IG por parte de Collier no coincide ni siquiera con la opinión experta ortodoxa en esta cuestión. El recién creado Comité de Evaluación Internacional de Conocimiento, Ciencias y Tecnología Agrícola para el Desarrollo (International Assessment of Agricultural Knowledge, Science and Technology for Development, IAASTD) —esponsorizado y financiado, entre otros, por las agencias de las Naciones Unidas y el Banco Mundial— no se ha decidido a dar su respaldo a los cultivos genéticamente

¹¹ Gerardo Otero y Gabriela Pechlaner, «Latin American Agriculture, Food and Biotechnology», en Gerardo Otero (ed.), *Food for the Few: Neoliberal Globalism and Biotechnology Revolution in Latin America* (Austin: University of Texas Press, 2008), p. 50.

modificados y ha preferido, en cambio, señalar las dudas persistentes en torno a su impacto ecológico y sobre la salud.¹²

La campaña de Collier a favor de una Revolución Verde africana impulsada por la ingeniería genética está relacionada con su tercer argumento, según el cual la falta de desarrollo de una agricultura comercial en África es la responsable de la incapacidad del continente para hacer frente a sus demandas internas. En lugar de apostar por ella, escribía Collier, «durante los últimos cuarenta años, los gobiernos africanos han trabajado en el sentido contrario, dando marcha atrás en el establecimiento de una agricultura comercial».¹³ Para Collier, la solución a la escasez de alimentos en África son las explotaciones agrícolas comerciales que emplean semillas genéticamente modificadas. La agricultura tradicional no sólo está lejos de ser ideal, sino que es parte del problema. Los campesinos, según Collier, no son ni emprendedores ni innovadores ya que están demasiado preocupados por la seguridad alimentaria. Sólo aquellos que ya están inmersos en operaciones comerciales agrícolas están en condiciones de convertirse en empresarios innovadores:

los campesinos reacios al cambio no se equivocan: su modo de producción se adapta mal a la producción agraria moderna, en la que la escala es importante. En la agricultura moderna la tecnología avanza con rapidez, la inversión es esencial, es necesaria una provisión privada de infraestructuras de transporte para contrarrestar la falta de infraestructuras públicas, las cadenas de consumo de

¹² Lim Li Ching, «A New Green Revolution», *Development*, vol. 51, n.º 4 (diciembre de 2008), p. 572. La IAASTD es el equivalente en cuestiones agrarias del Tribunal Intergubernamental sobre el Cambio Climático respecto al calentamiento global.

¹³ Paul Collier, «The Politics of Hunger: How Illusion and Greed Fan the Food Crisis», *Foreign Affairs*, vol. 87, n.º 6 (noviembre-diciembre de 2008), p. 73.

*alimentos cambian con celeridad y por ello son necesarias cadenas integradas de marketing, y las normas reguladoras se han elevado hacia el santo grial de la trazabilidad del producto hasta su mismo origen.*¹⁴

El análisis de Collier tiene, al menos, el mérito de plantear el difícil dilema entre la agricultura industrial y la agricultura campesina, o basada en pequeñas explotaciones agrarias, como solución a las necesidades alimentarias mundiales. Sin embargo, esta elección, el modelo brasileño de agricultura industrial, muy agresivo con el medio ambiente, no despierta entusiasmo en nadie. Además, la empresa agrícola brasileña forma parte de un sistema mayor de agricultura industrial global determinada por grandes asociaciones agroindustriales, grandes empresas monopolistas, transporte de alimentos a larga distancia y supermercados que abastecen mayoritariamente a la elite global y a las clases medias altas. Este sistema de producción globalizado ha producido serias presiones sobre el medio ambiente, ha excluido del mercado a gran número de personas y ha contribuido a una mayor pobreza y a mayores desigualdades económicas tanto a nivel nacional como mundial. El modelo brasileño es parte del problema, pero el único indicio de que Collier es consciente de los defectos sistémicos de este modelo aparece cuando señala: «algunos han criticado el modelo brasileño por haber desplazado pueblos enteros y haber destruido la selva tropical, cuando esto sólo ha ocurrido en aquellos lugares donde no se ha regulado la mercantilización».¹⁵

Pero lo que resulta más sorprendente del análisis de Collier es la ausencia de cualquier referencia a las políticas impuestas desde el exterior y que han debilitado gravemente la capacidad agrícola en gran número de países en vías de desarrollo y en economías en transición. Collier señala que

¹⁴ *Ibid.*, p. 71.

¹⁵ *Ibid.*

parte del problema en África se debe al desmantelamiento de los centros de investigación financiados por el gobierno, como un elemento más «del mal funcionamiento del sector público». Pero olvida mencionar que este fracaso se debió a las políticas de ajuste estructural del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, que minaron de forma sistemática el apoyo gubernamental a la agricultura. En octubre de 2008, un informe realizado por un equipo de evaluación independiente del Banco Mundial confirmaba sin rodeos lo que otros habían estado denunciando desde hacía dos décadas:

Las políticas del Banco Mundial que en los años ochenta y noventa han obligado a los gobiernos africanos a realizar recortes o eliminar las subvenciones a los fertilizantes, a liberalizar los precios y a privatizar, quizás hayan logrado mejorar la disciplina fiscal pero no han logrado avances en la producción de alimentos, sostenía el informe [...] Se esperaba que unos precios más altos de las cosechas fueran un incentivo para que los agricultores crecieran más, mientras que la competitividad entre los comerciantes privados reduciría los costes de las semillas y los fertilizantes. Pero en la mayoría de los casos, esas fuerzas del mercado no funcionan según lo esperado.¹⁶

El modelo brasileño y el ajuste estructural fueron de la mano. Ambos eran elementos centrales de una transformación capitalista de la agricultura que tenía la finalidad de integrar los sistemas locales de alimentación, a través de la liberalización del comercio, en un sistema global marcado por una división del trabajo que debía traducirse, supuestamente, en una mayor eficiencia y en una mayor prosperidad para el conjunto. Collier y otros observadores ortodoxos se negaron

a reconocer que las políticas de ajuste estructural eran la vanguardia de este proceso de reemplazo de los campesinos por empresarios capitalistas consagrados a la producción para los mercados globales. El ajuste estructural era un paso indispensable hacia una agricultura industrial capitalista mundialmente integrada.

La muerte del campesinado

Collier no es el único en sacrificar a los campesinos y pequeños agricultores. Muchos analistas, algunos de los cuales presumen de credenciales progresistas, comparten su punto de vista. En su aclamado libro de 1994 *The Age of Extremes*, Eric Hobsbawm escribió que «la muerte del campesinado» era «el cambio más dramático y de mayor alcance social de la segunda mitad de este siglo» que «nos distancia para siempre del mundo del pasado».¹⁷

Que Hobsbawm proclamara la muerte de esta clase sorprendió a muchos por prematuro ya que, como él mismo admitió, «las regiones con predominio campesino todavía representan la mitad de la humanidad a finales de nuestra era».¹⁸ Pero los análisis de Hobsbawm tienen un pedigrí respetable. También Marx había comparado a los campesinos con «un saco de patatas», con muy poca solidaridad real y mucha menos conciencia de clase; los consideró condenados al olvido.

Sin embargo, los campesinos se han resistido a desaparecer sin más, tal y como Collier, Hobsbawm y Marx habían predicho. De hecho, en 1993, un año antes de que se publicara el libro de Hobsbawm, se creó Vía Campesina, y a lo largo de la década siguiente esta federación de campesinos y pequeños agricultores se convirtió en una figura muy influyente

¹⁷ Eric Hobsbawm, *The Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991* (Londres: Abacus, 1994), p. 289. [ed. cast.: *Historia del s. XX*, Crítica, 2009].

¹⁸ *Ibíd.*, p. 291.

¹⁶ «World Bank Neglects African Farming, Study Says», *New York Times*, 15 de octubre de 2007.

en la agricultura y en la escena comercial mundial. El espíritu del internacionalismo, que identifica activamente los intereses de una clase con el interés global de toda la sociedad, y que es una característica destacada del movimiento obrero, se manifiesta hoy en día a través del movimiento campesino internacional.

Es cierto que los campesinos y las comunidades rurales están siendo marginados por la globalización, y que la producción para la subsistencia local en muchas partes ya no proporciona, como antaño, una vía de escape a los campesinos atrapados en las relaciones de mercado. Resumiendo su investigación sobre las formas de vida campesinas «en vías de desaparición», Deborah Bryceson escribe que bajo las condiciones de una rápida globalización y el abandono de las tierras de cultivo, los campesinos que hoy se ven obligados a cruzar las fronteras internacionales proporcionan una mano de obra de reserva gigantesca para el capital global. Aunque psicológicamente estos campesinos siguen pensando en la tierra como un lugar al que retirarse en caso de necesidad, «en tanto que clase, se enfrentan a una proletarización forzada por los mercados mundiales de materias primas y de mano de obra, que se combina con la indiferencia de los gobiernos».¹⁹

Aun así, persiste entre los campesinos convertidos en obreros la creencia de que la tierra les espera como refugio en caso de necesidad, como ocurre entre aquellos inmigrantes rurales chinos que están regresando en masa al campo a medida que las fábricas cierran a causa de la expansión de la recesión mundial.²⁰ De hecho, los campesinos muestran una gran persistencia en tanto que clase, como se observa entre los campesinos mexicanos, que continúan plantando maíz

para la subsistencia a pesar de que la importación de maíz a precios muy bajos desde Estados Unidos haya reventado los precios del país. En otras zonas, los pequeños agricultores han sorprendido a quienes habían augurado su desaparición demostrando que las pequeñas explotaciones intensivas en mano de obra pueden ser mucho más productivas que las grandes. Sólo por citar un estudio muy conocido, un informe del Banco Mundial sobre la agricultura en Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Ecuador, señala que las pequeñas explotaciones eran entre tres y catorce veces más productivas por acre que sus competidores mayores.²¹

Probablemente el acontecimiento reciente más importante de la larga lucha de los campesinos como clase es que se hayan organizado internacionalmente para proteger sus intereses frente a la apisonadora de la agricultura industrial capitalista. Vía Campesina no sólo se ha mostrado efectiva en su oposición a la Organización Mundial del Comercio (OMC), también ha ofrecido un paradigma alternativo para el desarrollo agrario, conocido como «soberanía alimentaria». El análisis y éxito de grupos como Vía Campesina han tenido un largo alcance porque la habilidad del capital para absorber fuerza de trabajo es tan limitada bajo las condiciones de una globalización desigual que en los últimos años un número importante de ex campesinos y de semiproletarios, como los ex habitantes urbanos que han realizado las ocupaciones de tierras del MST (Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra) en Brasil, han regresado al campo.

En realidad, tanto en el Sur como en el Norte, los agricultores y muchas otras personas intentan huir de los caprichos del capital reproduciendo la condición campesina, regresando al campo y poniéndose a explotar un recurso básico limitado independiente de las fuerzas del mercado. La emergencia de una agricultura urbana, la creación de redes

¹⁹ Deborah Bryceson, «Disappearing Peasantries? Rural Labor Redundancy in the Neo-Liberal Era and Beyond», en Bryceson, C. Kay y J. Mooij (eds.), *Disappearing Peasantries* (Londres: Intermediate Technology Publications, 2000), p. 313.

²⁰ *101 East, Al Jazeera*, 19 de diciembre de 2008.

²¹ Frances Moore Lappé y Joseph Collins, «Why Can't People Feed Themselves?», en Douglas Oucher (ed.), *The Paradox of Plenty* (Oakland: Food First, 1999), p. 65.

que conectan a consumidores y agricultores dentro de una región determinada, la aparición de nuevos movimientos militantes por la tierra, todo ello, según Jan Douwe Van der Ploeg, indica un movimiento de «recampesinización» creado por las dinámicas negativas del «Imperio» y cuyo objetivo es invertirlas. En el contexto de la profunda crisis mundial, que se asume como una pérdida de autonomía, «el principio campesino, con su interés por la construcción de unos recursos autónomos y autogestionados, señala claramente el camino».²²

Paradigmas productivos en conflicto

Collier afirma que el romanticismo está en el origen de la importancia cada vez mayor que en los círculos progresistas se otorga a la agricultura a pequeña escala como alternativa a la agricultura globalizada. Coinciden con él algunos intelectuales de izquierdas como Henry Bernstein, que se refiere a los partidarios de los nuevos movimientos campesinos como «nuevos populistas», comparándolos con los *narodniks* de la Rusia prerrevolucionaria. Pero independientemente del análisis que los intelectuales hagan de sus realidades y vicisitudes, llegando algunos a cuestionar incluso la etiqueta de «campesinos», los pequeños productores de alimentos están creando alianzas, incluso con los gobiernos del Sur. Estos movimientos torpedearon la Ronda de Doha de la OMC con su defensa obstinada de los «mecanismos especiales de protección» (SSM) contra las importaciones agrarias y su designación de los productos básicos clave como «productos especiales» (SP), exentos de la liberalización arancelaria, con el objeto de proteger a los pequeños productores locales. Esta resistencia surgió no sólo de la importante presión ejercida

por grupos como Vía Campesina, sino del sentimiento cada vez mayor en los círculos oficiales de que no se podía permitir que la agricultura industrial corporativa llevase a cabo la completa reestructuración de la economía mundial sin tener que rendir otras cuentas que no fuesen las de los beneficios obtenidos.

De un modo más amplio, a medida que se multiplica la crisis medioambiental, se amontonan las disfunciones sociales creadas por la vida urbano-industrial y la agricultura industrializada crea una mayor inseguridad alimentaria, la «vía campesina» se convierte en una alternativa cada vez más importante, no sólo para los campesinos, sino para todos los que se ven amenazados por las consecuencias catastróficas del modo de organización de la producción, de la comunidad y de la propia vida por parte del capital global. Éstas son las realidades prácticas que están en el centro de la «exaltación romántica del campesino» que tanto le gusta mencionar a Collier.

A la larga, el resultado de la batalla entre los promotores de la agricultura industrial y el nuevo movimiento campesino lo decidirá el paradigma que pueda asegurar la seguridad alimentaria, ya sea éste el paradigma basado en el mercado global o bien el que se centra en el mercado local. Según Bernstein, por ejemplo, sólo la agricultura industrial globalizada sería capaz de hacer frente al enorme aumento de demanda de alimentos del que además es una de las principales responsables: «La defensa de la vía campesina no tiene en absoluto en cuenta los problemas que genera alimentar a la población mundial, que ha crecido enormemente casi en todas partes durante la época contemporánea, en gran medida debido a las revoluciones en la productividad alcanzadas por el desarrollo del capitalismo».²³

Los partidarios de la vía campesina proclaman de forma apasionada y justificada que los campesinos y los pequeños

²² Jan Douwe Van der Ploeg, *The New Peasantries* (Londres: Earthscan, 2008), p. 276.

²³ Henry Bernstein, «Agrarian Questions from Transition to Globalization», en A. Haroon Akram-Lodhi y Christobal Kay (Nueva York: Routledge, 2009), p. 255.

agricultores continúan siendo la columna vertebral de la producción global de alimentos, constituyendo más de un tercio de la población mundial y generando dos tercios de la producción mundial de alimentos.²⁴ De hecho, según el agroecologista Miguel Altieri,

*... millones de pequeños agricultores del Sur Global producen todavía la mayoría de los alimentos de primera necesidad que se precisan para alimentar a las poblaciones rurales y urbanas del planeta. En América Latina, alrededor de 17 millones de explotaciones agrarias ocupan cerca de 60,5 millones de hectáreas, es decir, el 34,5% de la tierra total cultivada, en explotaciones que tienen una media de 1,8 hectáreas, y que producen el 51% del maíz, el 77% de las judías y el 61% de las patatas destinadas al consumo interno. En África hay aproximadamente 33 millones de pequeñas explotaciones agrarias que representan el 80% de todas las explotaciones de la región. A pesar de que África importe ahora grandes cantidades de cereales, la mayoría de los agricultores africanos (principalmente mujeres) son minifundistas que explotan menos de 2 hectáreas de tierra, y producen una cantidad importante de los alimentos básicos sin utilizar, o utilizando apenas, fertilizantes y semillas mejoradas. En Asia, la mayoría de los más de 200 millones de productores de arroz, muy pocos de los cuales cultivan más de 2 hectáreas, producen la mayor parte del arroz cultivado en Asia por los pequeños agricultores.*²⁵

²⁴ Wayne Roberts, citado por Philip McMichael, «Food Sovereignty in Movement: The Challenge to Neo-Liberal Globalization», borrador, Cornell University, 2008.

²⁵ Miguel Altieri, «Small Farms as a Planetary Ecological Asset: Five Key Reasons Why We Should Support the Revitalization of Small Farms in the Global South» (Food First, 2008). <http://www.foodfirst.org/en/node/2115>.

Desde la perspectiva de quienes defienden la agricultura campesina, la responsable última de las crisis alimentarias actuales es la agricultura industrial capitalista, con su violenta desestabilización y transformación de la tierra, la naturaleza y las relaciones sociales, que apunta hacia una destrucción tanto a nivel social como a nivel ecológico. Para el capital, los alimentos, la alimentación y los agrocombustibles son intercambiables en tanto que esferas de inversión, y lo único que determina el dónde se invierte son las tasas de beneficio. Satisfacer las necesidades reales de la mayoría es algo secundario, y eso cuando se tiene en cuenta. Para los críticos de la agricultura capitalista, la desvalorización y conversión de las relaciones reales de intercambio en relaciones abstractas —lo que se conoce por mercantilización— es la esencia de la crisis del sistema alimentario contemporáneo.

Sobre la estructura de este libro

El análisis de la crisis alimentaria, la expansión de la agricultura industrial capitalista y la grave situación y resistencia del campesinado son los temas centrales de este libro.

En el primer capítulo, «El capitalismo contra el campesinado», situaré la crisis alimentaria actual en el panorama más amplio de la expansión de la agricultura industrial capitalista y el desplazamiento provocado de la agricultura campesina a lo largo de los últimos cuatrocientos años, primero en Inglaterra, más tarde en Europa y, por último, a nivel global. Éste ha sido un proceso desigual, marcado por avances y puntos muertos, aunque el período actual parece caracterizado por un asalto particularmente agresivo de la agricultura industrial capitalista destinado a desplazar definitivamente a los campesinos y pequeños agricultores del proceso de producción tanto en el Norte como en el Sur. Siguiendo a Harriet Friedmann y Philip McMichael, veremos como este proceso histórico se ha desarrollado bajo diferentes regímenes

agroalimentarios, es decir, bajo los distintos conglomerados de instituciones nacionales e internacionales que han dominado la economía política de la producción internacional de alimentos. Aunque en el período actual todo indica que la agricultura industrial capitalista está a un paso de la victoria final sobre el campesinado y otras formas de producción agrícola, también es cierto que en este mismo período se han evidenciado de forma amplia sus enormes costes sociales y ecológicos.

Las políticas de ajuste estructural promovidas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, en combinación con la liberalización del comercio internacional bajo los auspicios de la Organización Mundial del Comercio, han sido los principales responsables de la crisis alimentaria actual. Los capítulos 2 («La erosión de la agricultura mexicana»), 3 («La crisis provocada del arroz en Filipinas») y 4 («La destrucción de la agricultura africana») explican con detalle los estragos causados por los programas de ajuste en diferentes regiones del planeta.

China se ha convertido en un actor global en el comercio agrícola como resultado de los cambios en las relaciones internas entre industria y agricultura y entre el campo y la ciudad. El rol de los campesinos chinos, no sólo en la producción de alimentos sino también en la acumulación de capital, que se ha traducido en la emergencia relativamente inesperada del país como principal productor del mundo, es el tema del quinto capítulo, «Los campesinos, el partido y la crisis agraria en China». La tortuosa relación entre el campesinado y el Partido Comunista, al que el primero ayudó a ascender al poder en 1949, es el eje central del sistema agrario chino. En los últimos años el partido ha puesto en práctica políticas, incluyendo la liberalización del comercio agrícola, que han conducido a la marginación de los campesinos y a la crisis agrícola interna.

El sexto capítulo, «Los agrocombustibles y la inseguridad alimentaria», examina cómo el *boom* de los agrocombusti-

bles ha empeorado la crisis alimentaria. Además de desviar tierra de la producción de alimentos, los agrocombustibles se han convertido en un instrumento para la expansión de las relaciones agrarias capitalistas y la destrucción de la agricultura campesina. También discutiremos la cuestión de si los agrocombustibles son, en la práctica, una alternativa viable a los combustibles fósiles frente al desafío que nos plantea el cambio climático.

Empezando con un estudio detallado de algunos factores clave en el nuevo movimiento campesino, el último capítulo («La resistencia y el camino hacia el futuro») examina las dinámicas de resistencia de los campesinos y pequeños agricultores a la agricultura industrial capitalista, desde las protestas políticas a la organización internacional de la «campesinización», es decir, la adopción por parte de los no campesinos de prácticas campesinas o agrícolas de pequeña escala. Estos movimientos ponen de manifiesto que, contrariamente a las predicciones de Marx sobre su desaparición, el campesinado global se está convirtiendo en lo que, según Marx, la clase obrera debería haber sido, una «clase para sí», es decir, una fuerza políticamente consciente. Explicaré que estos cambios representan dos cosas: la primera, que en el mismo momento de su aparente triunfo, la agricultura industrial capitalista se muestra terriblemente disfuncional; y la segunda, que la agricultura a pequeña escala puede ser una respuesta mucho más efectiva que la agricultura capitalista a la crisis social y ecológica y, en particular, al calentamiento global. Al final del capítulo se presenta un análisis crítico de los paradigmas de la «soberanía alimentaria» y de la «desglobalización» promovidos por Vía Campesina y otros actores de la sociedad civil como alternativa al régimen capitalista global.